EL CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZAS DE LA ENCARNACIÓN, DE BAEZA (1599)

Por *Manuel Morales Borrero*
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses
y Profesor de Universidad

HACÍA ya tiempo que se deseaba fundar convento de Descalzas en la ciudad de Baeza, pero el patrono que más lo pretendía ponía como condición que ingresasen en él nada menos que nueve religiosas de una misma familia y tal deseo iba en contra del espíritu teresiano; por este motivo se opuso el provincial fray Jerónimo de la Madre de Dios (Gracián), de forma que pasaron los años y la fundación no se llevaba a cabo.

En 1589, gobernando el Carmelo fray Elías de San Martín que fue el segundo General que tuvo la Reforma, el canónigo Luis de Mendoza dejó sus bienes para que con ellos se fundase un convento de religiosas. El canónigo, que antes había estado casado y se hizo clérigo después de quedar viudo, tenía una hija llamada Aldonza de Mendoza en el convento de Santa Clara, y a ésta le dejó encargado en su testamento que se ocupase de los detalles de la fundación dándole libertad para que el nuevo convento fuese de la orden que ella eligiese. Además dejó nombrados por patronos a Miguel de Mendoza y a Juan Rodríguez de los Díez, veinticuatro de Baeza.

Doña Aldonza era pariente de fray Gabriel de Cristo que fue cuatro veces provincial de Andalucía, y éste la inclinó a que la nueva fundación fuera de carmelitas descalzas, ya que de Santa Clara había tres conventos en la ciudad. Así se cumplió, porque conseguidas las licencias necesarias del municipio, de la orden y del obispo de Jaén don Sancho Dávila, se solicitó para el cargo de priora a la M. Isabel de la Encarnación, y profesa de

Granada, quien vino de Sevilla (1) acompañada por la hermana de velo blanco María de la Asunción (2). De Granada llegaron Agustina de San José, hermana de la nueva priora, María de San Ángelo y Matía de la Madre de Dios. De Beas trajeron a Francisca de San Alberto, y de Úbeda a Magdalena de Cristo. Todas ellas juntas formaron el grupo fundador que tomó posesión del convento de Baeza, que se instaló en lo que había sido Hospital de la Encarnación, el 3 de septiembre de 1599. Y el día 8 del mismo mes y año, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, se colocó el Santísimo en la iglesia con lo que se dio por inaugurado este convento que se puso también bajo la advocación de *La Encarnación*.

Varias de las fundadoras habían sido discípulas de san Juan de la Cruz o de la venerable Ana de Jesús (Lobera) y supieron implantar en Baeza la recta observancia aprendida de sus maestros; éste fue el mejor reclamo para que acudiesen novicias que con sus dotes fueron acomodando el convento. Pero se inició un pleito interpuesto por algunos seglares que llevaron su pretensión hasta tal punto que las religiosas se vieron desposeídas y sumidas en extrema pobreza, y éste fue el signo que distinguió a este convento, porque nunca pudo decirse de él que tuviese prosperidad en bienes materiales. Como contrapunto sí podemos afirmar que sobresalió en fortuna espiritual porque las virtudes de las hijas que lo habitaron se encargaron de pregonar tanta riqueza. Agustina de San José fue discípula de san Juan de la Cruz en Granada y lo había tratado ya antes de hacerse Descalza. Fue

(1) De la lectura de la *Historia del Carmen Descalzo*, del P. Silverio, t. VII, cap. XX, pág. 542, se desprende que la priora Isabel de la Encarnación vino con su hermana y otras religiosas desde el convento de Granada, pero no es así; la priora llegó procedente del convento de Sevilla. En el *Libro de Elecciones* del monasterio de San José de Sevilla aparece el nombre de Isabel de la Encarnación como supriora en 1592. En 1595 fue elegida priora, y en la siguiente elección de 1598 fue elegida clavaria. Esta acta, que es la última en la que aparece su nombre porque diez meses más tarde estaba ya en Baeza, dice así: «En el año de 1598 se hiço eleçión en este convento del glorioso San Josef de Descalças Carmelitas de Sebilla en cuatro días del mes de nobienbre [...]. Salió por Priora la R^da^ Me Catalina de San Agustín y por Sup^a^ la Me María de San Josef y por Clavarias la dicha Me Sup^a^ y la Me Ysabel de la Encarnación [...].

(2) En el *Libro de las Profesiones* del convento de Baeza, en el margen inferior derecho del acta de la primera profesa que fue Juana de Jesús [Jimena Navarrete] aparece una nota necrológica referente a María de la Asunción que nos confirma que esta hermana vino de Sevilla acompañando a la fundadora; la nota dice: «Nuestra hermana María de la Asunçión de fuera del coro, *que bino de Sebilla*, a esta fundaçión, murió a doçe de julio del 1617 años». Hay una distracción del P. Silverio de Santa Teresa en su *Historia del Carmen Descalzo*, tomo VII, capítulo XX, pág. 542, cuando escribe que la hermana María de la Asunción procedía de Úbeda.

alma de mucha oración y por sus altas cualidades dirigió la comunidad de Baeza, como priora, durante tres trienios. Murió en el convento de Jaén el 27 de abril de 1638 a los 68 años de edad y 52 de hábito.

La mayor parte de las fundadoras de este convento salieron a otras nuevas fundaciones o volvieron a sus conventos de origen, pero nunca faltaron aquí religiosas que dieran fe del espíritu de la descalcez, porque desde el instante de iniciarse la fundación fueron continuas las solicitudes de ingreso. Una de las primeras fue la M. Aldonza de la Encarnación (Mendoza), hija del fundador, como hemos dicho, quien se mudó del convento de Santa Clara a éste de la Encarnación, una vez obtenida dispensa del General y Breve de la Santa Sede. Si su vida era ejemplar en el primer convento, al pasar a la descalcez carmelitana se acrecentaron sus virtudes hijas de la caridad y de la extrema humildad que practicó hasta la hora de la muerte que le llegó en marzo de 1622.

Con las mismas prendas sobresalió aquí la M. Clara de Jesucristo, natural de Úbeda, hija de don Francisco Vela de los Cobos y de doña Catalina Mexía. Además de la nobleza de su familia, poseía ella una gran belleza y éstas fueron las propiedades que durante algún tiempo la retuvieron en el mundo; pero finalmente venció la nobleza y hermosura de su espíritu y profesó en Baeza en donde halló el alivio de no tenerlo nunca hasta que consiguió la felicidad eterna en el año 1641.

Otra religiosa ejemplar fue Juana de Jesús, primera profesa del convento, nacida en Baeza. Sus padres se llamaron Ruy Díaz de Ximena y Ana de Navarrete. Desde edad temprana sintió la vocación por la vida monástica y pidió licencia a su padres para retirarse a un convento. No se lo consintieron sus padres que estaban solos, puesto que otra hija menor ya se había casado. Juana se vistió entonces con hábito de penitente y continuó atendiendo a sus padres ancianos dedicada a una vida de caridad, humildad y renuncias, hasta que a los cincuenta años pudo ver hechos realidad sus sueños tomando el hábito y profesando en este convento de Baeza, en el que murió en el año de 1640.

Dos hijas de don Diego de Rojas y de doña Beatriz de Carvajal, Isabel y Juana sintieron pronto la llamada del claustro. Su madre murió tempranamente, y después el padre viudo se hizo sacerdote. Con este ejemplo, Isabel y Juana de Rojas mostraron su deseo de ingresar en un convento de carmelitas descalzas; y eligieron Baeza debido a ciertos lazos de parentesto que las unían con alguna de las fundadoras de la *Encarnación*. Isabel vistió el hábito a los veintiún años y se llamó Isabel María de la Visitación. Su

hermana tomó el nombre de Juana de San José. Isabel María fue cumplidora, discreta, humilde y aventajada en la virtud, de modo que a los treinta y cinco años ya fue nombrada priora; después sería reelegida dos veces más. Contemporánea y fiel amiga de la hermana de velo blanco Bernardina de Jesús, emularon las dos por ver quién se aventajaba en su amor a Dios. La M. Isabel María fue enviada en 1635 a iniciar la fundación de Antequera, en donde murió el 6 de febrero de 1649.

Su hermana Juana de San José, después de vivir en Baeza pasó también a Antequera y padeció continuos achaques que aceptados con espíritu cristiano purificaron su alma. Estuvo dotada de un talento poco común y de tal prudencia y discreción que llegó a ser elegida priora de su comunidad. Murió el 29 de junio de 1650.

En fechas más recientes hemos de recordar la labor llevada a cabo en el convento de Baeza por la M. Mercedes del Niño Jesús. Nacida en 1864 en Bérriz (Vizcaya), ingresó en el convento de Medina del Campo en 1884 y profesó el 29 de octubre de 1885. Fue monja observantísima y tuvo un especial carisma como maestra de novicias a las que supo inculcar el espíritu de la descalcez. La enviaron a Baeza que por aquella época no estaba floreciente, y su llegada al convento de la Encarnación resultó providencial. Fue una excelente organista. Nombrada priora, gracias a su diligencia se repararon el convento y la iglesia, y se acrecentaron también las vocaciones que habían languidecido un poco. Después de una vida abnegada y laboriosa, cayó postrada por una pulmonía y murió el 29 de diciembre de 1932.

Pero la vida que merece más atención y debemos destacar entre tantas virtuosas como hubo en este convento de Baeza es la de la hermana de velo blanco Bernardina de Jesús. Esta religiosa escribió, por mandato de fray Nicolás de San Cirilo, provincial de la Orden, una breve *Autobiografía*. Se sabe también que ella misma dictó a la M. Isabel de la Encarnación muchos datos de su vida que formaron una nueva *Biografía*, por mandato del P. Bernardo de la Concepción, que fue dos veces provincial. Se desconoce en la actualidad el paradero de ambas. Su biografía fue escrita igualmente por la M. Isabel María de San Alberto (Carvajal), y después, mucho más amplia, por fray Nicolás de San José. Este último códice se conserva todavía inédito en el convento de Baeza. Como voy a describirlo dentro de este estudio y daré también un resumen del contenido del mismo, gracias a la pluma de fray Nicolás de San José tendremos cumplida noticia de la vida y virtudes de esta santa religiosa que fue ornato del monasterio de la *Encarnación* y de toda la orden carmelitana.

LOS MANUSCRITOS DE BAEZA (3)

«Libro de las Profesiones del Convento de la Encarnación de esta ciudad de Baeza».

Éste es el primer libro de profesiones, el antiguo; hay otro moderno del que hablaré después. Se trata de un ejemplar encuadernado en pergamino, con una gran solapa que se cierra sobre la cubierta con una traba y cinta de cuero, formando una carpeta. Los folios que lo constituyen miden 305 × 210 mm. y consta de un total de 115 folios de escritura más los dos de guarda, el primero de ellos con unas anotaciones hechas en el vuelto del mismo. El papel es de tina en su mayoría, pero lleva intercalados folios de calidad diferente.

Este registro de profesiones comienza con una hoja de guarda y le sigue otra con su cara recta en blanco; en el vuelto hay dos anotaciones. La primera concierne a la capellanía menor de este convento de carmelitas descalzas de Baeza que fue fundada con trescientos ducados de principal y quince de renta que trajo la M. Isabel de San José, para que se dijeran por su alma treinta y tres misas a los doce apóstoles y a santa Isabel. Y las demás, como no recuerdan, serán dichas «por su intención y por su alma». La segunda anotación va firmada sin fecha por el cronista fray Luis del Purísimo Corazón de María, y en ella muestra su extrañeza de que la M. Francisca de San Alberto, que vino a Baeza como fundadora y además fue clavaria, no firmase las actas de las dieciocho primeras profesiones.

El folio 51 está repetido y desde el 60 al 64 hay una irregularidad en la numeración; después todo va bien hasta el folio 90, pero aquí se termina la numeración de las hojas y sólo consta el número de profesión realizada. En el vuelto del folio 90 aparece la profesión 151 y así sigue hasta la 156 hecha el 9 de abril de 1918 por Ana María de San Rafael [Martínez Alameda] de 19 años, natural de Úbeda, hija de José y Francisca. Es la última profesión que consta aquí. Después sigue un folio con un acta aprobatoria de la visita canónica llevada a cabo el 18 de marzo de 1921 por el provincial de Andalucía fray Saturnino de la Virgen del Carmen. En el vuelto de este folio consta otra acta aprobatoria de visita canónica realizada en este convento con fecha 6 de abril de 1926 por el vicario provincial de Andalucía fray Luis María del Sagrado Corazón de Jesús que firma el documento.

---

(3) Deseo agradecer a la M. María Carmen de San Juan de la Cruz, priora del monasterio de la *Encarnación* de Baeza, las facilidades que me ha dado para realizar este trabajo.

A continuación aparecen dos folios en blanco seguidos de seis de escritura en los que se contiene un índice de las profesiones realizadas. Tras un folio de cortesía en blanco siguen diez más que forman, según se especifica en el título, el

Libro de Sepelios del Convento de Carmelitas Descalzas de la Ciudad de Baeza, desde el 6 de mayo de 1836 en adelante.

Aparecen en él nombres de personas enterradas en la iglesia del convento y circunstancias que motivaron estos enterramientos. En un folio final leemos un acta de la bendición del Vía Crucis que acababa de ser instalado en esta misma iglesia. Lleva fecha de 30 de marzo de 1890 y está firmada por el capellán del convento don Leocadio Mérida y Maseda; por el sacristán Manuel Martínez y por dos testigos: José Maza y José Tallada. Hay una hoja final de guarda y se cierra el libro.

Vamos a presentar ahora algunas noticias de su contenido. Después de las dos anotaciones escritas en el vuelto de la segunda hoja de guarda que hemos mencionado anteriormente, en el folio número uno aparece la primera profesión hecha en este convento, precedida del siguiente encabezamiento:

IHS-Mª - Libro de las Profesiones deste conbento de nrã Señora de la Encarnaçión de descalças carmelitas, el qual se fundó biernes a tres de setienbre del año de mil y quinientos y nobenta y nuebe, y se puso al santísimo Sacramento día de la Natibidad de nrã Señora (4) del dicho año.

Juana de Jesús fue la primera que profesó, «que en el siglo se llamaba doña Juana de Jimena Nabarrete Aybar, día de los Reyes a seis de henero de 1601 años. Trujo de limosna mil y doçientos ducados al conbento». Firman la priora Isabel de la Encarnación, la supriora Matía de la Madre de Dios, Agustina de San José, Juana de Jesús y el provincial fray Gabriel de Cristo. En el margen izquierdo vemos su necrológica: «Murió esta religiosa deciséis de junio de 1640». En el margen inferior derecho aparece la necrológica de otra religiosa que fue la hermana de velo blanco que acompañó desde Sevilla a la priora Isabel de la Encarnación cuando vino de allí a fundar en Baeza: «Nrã herna María de la Asunçión de fuera del coro, que bino de Sebilla a esta fundaçión, murió a doçe de de [*sic*] julio del 1617 años».

(4) Es el 8 de octubre.

En el vuelto de este primer folio leemos tres actas de profesiones, la 2.ª, 3.ª y 4.ª. La segunda profesa, que murió muy pronto, fue María de San Pedro «que en el siglo se llamaba doña María de Salas, natural de Iruela, hija de Pedro de Salas y de Juana Martínez. Profesó día de S. Antonio a diez y siete del mes de henero de 1601 años. Trujo de limosna al Conbento mil ducados y renunçió». Firman la interesada y los testigos que aparecen en el acta número uno. En el margen izquierdo una nota nos indica lo breve de su vida en el carmelo: «Murió esta religiosa a nuebe de henero de 1602 años».

La tercera profesión corresponde a Isabel de la Encarnación «que en el siglo se llamaba Isabel de Lara, natural de Bujalançe, hija de Pedro Ruiz de Lara y de María de Ojeda. Profesó día de san Elifonso a beinte y tres de henero de 1601 y nos trujo de limosna seisçientos y beinte y çinco ducados al conbento. No renunçió». Con la firma de la profesa aparecen las mismas de actas anteriores. La necrológica en el margen izquierdo dice: «Murió esta religiosa a 24 de febrero del año de 1643».

La cuarta profesión corresponde a una hermana de la anterior, María de San José, «que en el siglo se llamaba María de Ojeda, natural de la billa de Bujalançe, hija de Pedro Ruiz de Lara y de María de Ojeda. Profesó día de san Elifonso a beinte y tres del mes de henero de 1601 años. Trujo de limosna al conbento seisçientos y beinte y çinco ducados. No renunçió». Firman los mismos testigos que en actas anteriores, pero la firma de María de San José debió estar en un trozo que ha desaparecido en el extremo inferior del folio; sólo se lee «de». En el margen izquierdo advertimos la nota de su fallecimiento: «Murió esta religiosa a beintiuno de abril de 1622 años».

En el folio 2r constan las dos siguientes profesiones, que son la quinta y la sexta. La quinta corresponde a la hermana de velo blanco Bernardina de Jesús, tan importante en su orden y de la que hablaré extensamente al final. Y puesto que voy a dedicarle una atención especial, copio aquí su acta íntegra: «Bernardina de Jesús, freyla (5) que en el siglo se llamaba Bernardina de Robles, natural de la çiudad de Baeça, hija de Hernando Martínez y de Elena de Robles, profesó terçera dominica de Resurreçión, a treçe del mes de mayo de 1601 años. No trujo al conbento ninguna limosna». Firman Isabel de la Encarnaçión priora, Matía de la Madre de Dios supriora, Agustina de San José clavaria, Berna[r]dina de Jesús, y fray Gabriel de Cristo

(5) Lo mismo que *lega* o *de velo blanco*.

provincial. En el margen izquierdo vemos su necrológica: «Murió año de 1626 años, día de nrã Sta Me Teresa de Jesús; digo al día octabo que fue a doçe de otubre».

La sexta profesión corresponde a Marina de la Madre de Dios «que en el siglo se llamaba doña Marina de Mendoça, natural de Baeça, hija de Alonso Bizcayno y de María de Mendoça. Profesó a quatro del mes de nobienbre dominica infra otaba de todos Santos, año de 1601. No renunçió». Aparecen las firmas de siempre y la de la nueva profesa. La nota de su muerte, en el margen izquierdo, dice: «Murió esta religiosa a trey[n]ta de julio año de 1 y 637».

De esta manera van sucediéndose las profesiones de religiosas que proceden en su mayoría de Baeza, Úbeda y Jaén. Después de las actas mencionadas, en el folio 2v aparecen la séptima y octava. La séptima corresponde a Matía Moreno, natural de Baeza, hija de Pedro García y María de Albánchez, que profesó como freyla con el nombre de Matía de San Cirilo, con fecha 9 de noviembre de 1602 y murió el 26 de noviembre de 1642. En octavo lugar profesó María de Ávalos, natural de Úbeda, hija de don Melchor de Ávalos de la Torre y de doña María de Molina, y tomó el nombre de María de Cristo con fecha 15 de agosto de 1603. Murió el 6 de abril de 1640.

A continuación, en el folio 3rv aparecen seguidas las profesiones de las tres hijas de don Francisco Palomino de Ulloa que irían como fundadoras al convento de Jaén instituido y patrocinado por su padre en 1615. Llevan los números 9, 10 y 11 de profesión y dicen así:

«9ª - Mariana de Cristo, que en el siglo se llamaba doña Mariana de Ulloa, natural de la çiudad de Jaén, hija de Fran^co Palomino de Ulloa y de doña Luysa de Quesada y Balençuela, profesó día de la Presentaçión de nrã S^ra biernes a beinte y uno de nobienbre de mil y seisçientos y tres años. Trujo de limosna seisçientos ducados. Renunçió». Al margen dice: «Murió en la fundaçión de Jaén». Firman como testigos: el provincial fray Gabriel de Cristo, la priora Isabel de la Encarnación, la supriora Agustina de San José, la clavaria Matía de la Madre de Dios y la nueva profesa. Omitiré la mención de las firmas de los testigos en las dos actas que siguen, porque son semejantes.

«10ª - Luysa de la Trinidad que en el siglo se llamaba doña Luysa Palomino de Quesada, natural de la çiudad de Jaén, hija de Fran^co Palomino de Ulloa y de doña Luysa de Quesada y Balençuela, profesó día de la Presentaçión de nrã S^ra, biernes a beinte y uno de nobienbre de mil y seisçientos y tres años. Trujo de limosna seisçientos ducados y renunçió». En

el margen izquierdo dice: «Murió esta religiosa en la fundaçión de Jaén».

«11ª - María de San Gabriel, que en el siglo se llamaba doña Mª de Ulloa, natural de la çiudad de Jaén, hija de Franco Palomino de Ulloa y de doña Luysa de Quesada y Balençuela, profesó día de los Reyes, martes a seis de henero de mil y seisçientos y cuatro años. Trujo de limosna seisçientos ducados y no renunçió». En el margen izquierdo leemos: «Murió en Jaén». Voy a copiar el acta siguiente para terminar esta relación, porque corresponde a la profesión de la hija del fundador de este convento de la Encarnación de Baeza, y por tal motivo la considero interesante. Ocupa todo el folio 4r y dice así:

«12ª - Aldonça de la Encarnaçión, hija de nrõ fundador, que en el conbento de Santa Clara donde fue monja profesó primero, se llamaba doña Aldonça de Mendoça, natural de Baeça; y pasándose a este nrõ con dispensaçión de nrõ Pe General, y brebe del Nu[n]çio, profesó abiendo tenido su año de nobiçiado, día de nrã Sra de agosto de mil y seisçientos y cuatro años». Firman la profesa, y como testigos las religiosas de actas anteriores, pero el provincial es ahora fray Pedro de la Trinidad. La necrológica al margen dice: «Murió esta religiosa a beintiocho de março de 1622 años». Así van sucediéndose las profesiones hasta la última que aparece consignada en este libro con el número 156 que corresponde a Ana María Martínez Alameda, natural de Úbeda, que profesó a los 19 años, de velo blanco, el 9 de abril de 1918.

El libro que acabo de describir se continúa con otro moderno en el que constan las profesiones de las religiosas desde 1926 hasta 1993 con una renovación fechada en 1994. Está dividido en dos secciones: profesiones simples y profesiones solemnes. El volumen en el que se contienen éstas es el típico libro comercial de anotaciones, encuadernado con pastas duras y lomo y cantoneras de piel. Un tejuelo rojo en el lomo dice *Borrador,* y a mano pone *Actas de Profesiones,* lo mismo que podemos leer en la cubierta. El papel de marca es rayado y las hojas van paginadas a imprenta sumando un total de 400 páginas, de las que están escritas, en primer lugar, de la 1 a la 40 con las profesiones simples; y en segundo lugar, de la 133 a la 162 con las profesiones solemnes. Las hojas miden 312 × 215 mm. Después de una portada en la que han escrito *Profesiones Simples,* comienza la página 1 en la que podemos leer:

Se comienza este libro de Profesiones y vidas de las Religiosas de este nuestro Monasterio de Carmelitas Descalzas de la Encarnación de Baeza en el día 2 de Febrero de 1926 por haberse terminado el antiguo.

La página 2 está en blanco, y en la 3 consta la profesión simple hecha por Flora Menéndez Suárez, natural de Almuña (Luarca), quien cambió su nombre por el famoso de Bernardina de Jesús. Profesó el 2 de febrero de 1926. De entre las demás profesiones que siguen deseo destacar la de la actual Priora de este monasterio, M. María Carmen de San Juan de la Cruz: «En el año 1945, a 17 de junio en nuestro Monasterio de la Encarnación de Baeza, hizo su Profesión simple conforme a los sagrados cánones la H. Mª Carmen de San Juan de la Cruz, en el siglo Srta. Beatriz Cerrato Pajares, natural de Don Benito, hija legítima de D. Alonso Cerrato y Dª Manuela Pajares, a los 20 años de edad. (Tomó el hábito el 16 de junio del 44)». Vienen después su fórmula de profesión y las firmas correspondientes.

La última profesión simple, en las páginas 38-39, es de fecha 4 de septiembre de 1993 y fue pronunciada por Yolanda López Rubio, nacida el 4 de octubre de 1969 en Dos Torres (Córdoba). Tomó el hábito el 8 de septiembre de 1992 y mudó su nombre por el de Yolanda de la Cruz.

En la página 133 consta el título de *Profesiones Solemnes,* y en la 134 aparece la primera de este libro hecha por la M. Josefina de Jesús Sacramentado que procedía del convento carmelitano de la Hoguera de Santa Teresa en Guadalajara (Méjico), nacida en Guzmán, estado de Jalisco. Profesó solemnemente en este monasterio de Baeza el 19 de agosto de 1928. La última profesión solemne es de fecha 11 de enero de 1990 y fue pronunciada por la M. Olga de la Trinidad, que en el siglo se llamaba Olga Román Fernández, nacida el 5 de noviembre de 1966 en Granada. Tomó el hábito a los 19 años el 12 de enero de 1986, e hizo su profesión simple el 11 de enero de 1987.

Otro manuscrito interesante que guarda esta comunidad es el *Libro de elecciones de Oficios.* Es del siglo XVII y va encuadernado en pergamino con una solapa que cierra el libro por el canto formando como una carpeta con su broche, muy parecido al primer *Libro de Profesiones.* Está compuesto por 130 folios, con una numeración arbitraria, de los que hay escritos 127. En este libro constan casi todas las elecciones de prioras, suprioras y clavarias. La última acta es de fecha 10 de julio de 1968. El papel usado es, en su mayoría, de tina, pero al final le han añadido papel de barba. Al principio no hay hoja de guarda; al final hay tres en blanco. Los folios miden 305 × 210 mm. y en la portada leemos:

JHS - Mª - Libro de las Electiones de Priora, Suppriora y Clauarias de nrõ conuento de la Encarnaciom de Carmelitas descalças de esta cibdad de Baeça.

En el folio siguiente recto, marcado ya con el número 1 aparece la primera elección que se llevó a cabo en este convento con fecha 3 de septiembre de 1601, en la que salió elegida «con todos los votos la Madre Ysabel de la Encarnaçión». En el mismo acto fue nombrada superiora la M. Agustina de San José; y clavarias, además de la supriora, Matía de la Madre de Dios y Francisca de San Alberto.

Existe asimismo en este convento otro manuscrito moderno, interesantísimo, realizado en un libro comercial de anotaciones (parecido al segundo libro de Profesiones que he descrito antes), cuyo texto comienza sin haberle puesto previamente un título. Sí puede valer como tal lo que se lee en la página 11: *Hijas aventajadas de esta casa*. En el lomo dice: *Crónica. Datos primitivos,* con lo que ya tenemos una idea del contenido del libro, cuyo texto valdría la pena de ser publicado en su totalidad.

El volumen tiene una encuadernación comercial en pastas duras, y en la cubierta hay una etiqueta roja que dice *Diario*. Está paginado a imprenta, como es usual en este tipo de cuadernos, con un total de 200 páginas de las que hay manuscritas 140. Las hojas están rayadas y miden 310 × 212 mm. La última página va firmada en Baeza, a 25 de abril de 1986, por la M. María Alcázar de la Santísima Trinidad que habita en este convento y posee muy sólidos conocimientos de la historia de su comunidad desde los primeros tiempos de la fundación. En este manuscrito se recogen variadas semblanzas de las vidas virtuosas de muchas religiosas que vivieron en sus claustros, recopilándolas de las crónicas y de antiguas historias que vienen hoy avaladas por el peso de la tradición carmelitana. Espero tener la oportunidad de poder desarrollar ampliamente, en tiempos venideros, el contenido de este manuscrito que tan valiosas noticias nos da acerca de la historia de este monasterio de la Encarnación de Baeza, y de las abnegadas religiosas que lo habitaron.

Quiero agregar a este breve estudio dedicado al convento de Baeza la noticia de un *Informe,* escrito a máquina sólo por el anverso en cinco folios; fue enviado a los superiores, firmado en Baeza con fecha 25 de marzo de 1986, día de la Encarnación, por la actual priora M. María Carmen de San Juan de la Cruz, a requerimiento de ellos. El contenido del informe, del que podemos sacar algunas noticias que no hemos encontrado en ningún otro documento ni libro, es el siguiente.

No se sabe exactamente cuándo llegaron las fundadoras a Baeza; sólo se conoce que tomaron posesión de lo que había sido desde tiempo inmemorial Hospital de la Encarnación, el 3 de septiembre de 1599. Días más

tarde, el 8 del mismo mes y año se puso el Santísimo, quedando por su primera priora la M. Isabel de la Encarnación; y supriora Matía de la Madre de Dios. «Pasaron los cuatro meses que le restaban al año en acomodar la casona a las necesidades de la vida del Carmelo, y a principios de 1600 ya entraron seis postulantes» (6).

El mismo Hospital, ya convertido en monasterio, es el que siguen ocupando las carmelitas descalzas hasta el día de hoy. Con el correr de los tiempos y en fechas recientes fueron comprando algunas casas colindantes y se fue ampliando el recinto. Hoy cuentan con una edificación muy capaz con patios, terrazas y huerta amplia que ayuda a la vida enclaustrada. La iglesia fue construida un siglo después, entre 1694 y 1699, dirigida por religiosos y arquitectos carmelitanos. Para poder edificarla «cedió el Ayuntamiento a la Comunidad una calle que comunicaba calle de la Imagen con Puerta de Toledo hoy, entonces Plazuela de la Encarnación» (7). Esta iglesia fue restaurada en 1928.

La comunidad de Baeza no ha sido nunca suprimida, si no tenemos en cuenta dos desalojos temporales muy breves. En la Guerra de la Independencia de 1808 diecisiete religiosas de las que componían la comunidad tuvieron que abandonar el monasterio; sólo quedó una ancianita sorda que no debió de enterarse de que las religiosas se marchaban; los franceses obligaron a ésta a cuidar de la caballeriza. Estas tropas hicieron estragos en el convento y «al terminar la francesada volvió la comunidad a reunirse. De 1936-39 tuvieron que volver a abandonar el amado retiro del claustro, obligadas a salir por el Gobierno marxista el 24-7-1936, dispersándose por las casas de familiares y amigos. Muy largo de contar» (8).

Y esto que figura así como «largo de contar» en este breve *Informe* que acabo de citar, es contado precisamente y con toda la amplitud que se merece en otro manuscrito moderno redactado por una religiosa anciana que vive aún en el convento. Está escrito en un libro diario apaisado, paginado a imprenta con un total de 400 páginas de las que hay 283 manuscritas. No aparece ninguna firma. Las hojas miden 151×215 mm. Va encuadernado con pastas duras y en el lomo y cubierta lleva etiquetas en las que dice *Diario*. En la página 2 aparece el título de esta interesantísima

(6) Fol. 1.

(7) Fol. 2. Un caso similar se dio en Úbeda, en donde el Ayuntamiento cedió la calleja de Linares al convento de carmelitas descalzas para que construyeran su iglesia.

(8) Fol. 3.

crónica: *Ocho años de prueba. 1931-1939.* En la página 1 hay una dedicatoria fechada en el Carmelo de la Encarnación de Baeza el 8 de diciembre de 1939, y la relación se inicia, tras el título, en la página 3 en la que aparece el capítulo primero. La autora ha dividido la narración de aquellos tristes sucesos en diez capítulos que abarcan, como vemos en el título, un período cronológico de ocho años para olvidar.

VIDA DE LA VENERABLE BERNARDINA DE JESÚS

Éste es el códice más importante que guarda el convento. En él se contiene la biografía de esta baezana ilustre por su conducta y por los ejemplos de abnegación que dio en su vida, primero regentando el Hospital de la Concepción, y después en el recogimiento del claustro carmelitano de Baeza.

El texto de esta biografía consta de 213 folios de papel de tina manuscritos con letra muy clara y bella caligrafía, además de 4 hojas de tabla sin numerar que preceden al texto. El tamaño de los folios es de 247 × 173 mm. y la caja de escritura mide 200 × 125 mm. El ejemplar está encuadernado en piel moderna sin nervios ni tejuelos; cubierta y lomo son mudos. Las hojas están foliadas. La numeración empieza en la *Aprobación,* pero antes de ésta hay cuatro folios de tabla sin numerar, con lo que verdaderamente el libro consta de 217 folios. Diviendo la *Tabla* de la *Aprobación* hay dos folios de cortesía en blanco.

El ejemplar está perfectamente conservado con las siguientes ligeras excepciones: la portada con el frontis se encuentra algo deteriorada en su parte inferior y toda ella ha sido pegada posteriormente a otra hoja. El folio 75 tiene arrancada la esquina inferior, sin dañar para nada al texto. El folio 198 está restaurado en su extremo inferior derecho, y en el vuelto del mismo afecta algo a una nota marginal. Desde el folio 192 se inicia una ligera polilla que se va ramificando gradualmente hasta llegar al folio 213, último del libro, pero sin estorbar para nada la lectura del texto; en las hojas finales advertimos unas suaves manchas de humedad. Faltan los folios 170 y 171 que se notan perfectamente cortados; como las cuatro últimas líneas del folio 169v y las dos primeras del 172r están tachadas con tinta y además al final del 169v hay una advertencia escrita de otra mano que dice «Nada falta», deducimos que es éste un corte intencionado no hecho con ánimo de dañar, sino posiblemente con motivo de una censura.

Abriendo el libro aparecen dos hojas de guarda. Les sigue una portada bellamente dibujada a mano y adornada con frontis en donde se lee:

Vida y virtudes de la Venerable Hermana Bernardina de J.H.S. Religiosa Carmelita Descalça en su convento de Baeça, por Frai Nicolás de S. Joseph de la misma sagr^a^ orden.

Este título, como digo, aparece en la artística portada, en medio de dos columnas que sostienen un arco; en medio de él, el escudo del Carmen descalzo. Cada basamento de las columnas va decorado con un grabado. En el de la izquierda dice una leyenda: «Muere para renacer» y se representa un barco que se aleja, un sol en el horizonte marino, y en la tierra el edificio de un convento. En el basamento de la derecha, parecido al anterior, hay otro barco que se aleja de la orilla, pero la leyenda está ilegible.

Tras la portada descrita, en el folio siguiente aparece un dibujo en color, también hecho a mano, que ocupa toda la página y representa a la hermana Bernardina de medio cuerpo, puestas las manos, con su hábito pardo y su capa y velo blanco. Sobre un fondo azul, en el ángulo superior izquierdo, el Espíritu Santo en forma de paloma envía sus rayos dorados a la religiosa. Al pie se lee: «La benerable hernã Bernardina de Jesús». A esta lámina siguen dos folios de cortesía y comienza la *Tabla de los capítulos i otras cosas que contiene este libro* que, como he dicho, ocupa cuatro folios sin numerar (del cuarto sólo hay escritas cuatro líneas). Siguen a éstos otros dos folios en blanco y en el siguiente comienza ya la numeración con la *Aprobación* que se extiende hasta el folio 2r y va firmada por fray Salvador de Olivares con fecha 15 de noviembre de 1632. El 2v está en blanco. En el folio 3r aparecen dos décimas espinelas, del propio fray Nicolás de San José, como siguen:

«Cum simplicibus sermocinatio eius»
Proverb. cap. 31

«Presento al sacro Carmelo
la imagen de Bernardina,
de Jesús copia divina
cubierta con blanco velo.
Velo de velos modelo
albo, terso, sin doblez,
que en sincera candidez
se esmeró por serle grata
al que solamente trata
con almas de sencillez.

Ofrezco a mi Religión
un saco de jerga parda;
no saco roto, pues guarda
tesoros de perfeción,
de la mortificación
al talle cortado i hecho;
i aunque es áspero y estrecho,
pobre, humilde y remendado,
es tal que en él se a hallado
que caben honrra i provecho».

El folio 3v está en blanco. En el 4r encontramos otras dos décimas de fray Pedro de Santa Teresa, con el siguiente encabezamiento:

«Al Padre F. Nicolás de S. Josef autor de la *Vida de la Vble. Bernardina de Jesús,* su hermano en Cristo fray Pedro de Santa Teresa:

Décimas

Con erudición divina
nuestro eloquente escritor
saca, vertiendo esplendor,
la vida de Bernardina.

Como ella fue peregrina,
historiador peregrino
que la ordenase convino,
porque un hombre más que humano,
llebándole Dios la mano
honrre a un Serafín divino.

Mucho vuestra generosa
pluma engrandece este día
Dios, Nicolás, pues le fía
los honores de su esposa.
No sé si fue más dichosa
ella en ganaros a vos,
o vos a ella; mas los dos
tan recíprocos andáis
que a un mismo paso os honrráis
y con ambos se honrra Dios».

El folio 4v está en blanco. Del 5r al 6v podemos leer otra *Aprobación* del muy reverendo P. fray Pedro Martínez del Salto fechada en Granada el 22 de mayo de 1639 [tengo dudas sobre si ese número 9 es realmente un 0 que convertiría la fecha en 1630]. Entre los folios 7r y 8v se encuentra la *Censura del R^do^ P. fray Domingo de Jesús María, Lector de Prima de Santa Teología en nuestro Colegio de Baeça de Carmelitas Descalços.* Va fechada en Baeza el 28 de agosto de 1633. Del folio 9r al 10v leemos unas palabras preliminares de fray Nicolás de San José *A las mui RR^as^ Madres Priora i religiosas descalças Carmelitas del mui observante Conuento de la Encarnación de la ciudad de Baeça.* Va firmado al final por su autor «el último de Diciembre de 1631 años».

Del folio 11r al 17r se extiende un *Prólogo al letor* compuesto por cinco puntos que se dedican a destacar la virtud de la sencillez. Todo es una alabanza a los seres más simples, a las cosas humildes. Opuesta a la doblez y a la soberbia, la sencillez alcanza distintos grados. «Mirad que os envío a predicar como corderos entre lobos; sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas». «Si tus ojos fueren sencillos, todo tu cuerpo estará lleno de luz; mas si fueren malos, todo tu cuerpo estará tenebroso».

Del folio 17v al 27 el autor aplica la doctrina de los puntos precedentes en otras cinco consideraciones relativas al espíritu y calidades de Bernardina, así como a hacer unos comentarios sobre el nombre de esta venerable, con una protestación del autor que se sujeta en todo a la corrección de la Iglesia. Sigue en el folio 23r un elogio de Bernardina; en el 24r un *Preámbulo de un comento del P. fray Nicolás de San Cirilo a una relación [...]* y otra consideración final *Al letor* (9) con la que termina todo el exordio.

Como hemos podido observar en lo expuesto hasta aquí acerca de este manuscrito, el libro estaba realmente preparado para ir a la imprenta y ser publicado en aquel momento. Su artística portada con frontis perfectamente ejecutado, la tabla de capítulos, la aprobación, las dos décimas de presentación escritas por fray Nicolás de San José, las otras dos laudatorias en contestación de fray Pedro de Santa Teresa, la segunda aprobación de fray Pedro Martínez del Salto, la censura de fray Domingo de Jesús María, la dedicatoria, el prólogo al lector, y finalmente el preámbulo de un comento con otra consideración final al lector, todo esto está indicando sin ningún género de dudas que el libro estaba preparado y a punto de ser impreso.

(9) Fol. 25v.

¿Por qué no se publicó? En el convento de Baeza no saben dar razón. Nosotros tampoco podemos explicarla, ni hemos hallado alguna nota que pudiera arrojar luz en este asunto.

En el folio 28r aparece el capítulo primero y se inicia propiamente la biografía que abarcará cuarenta capítulos. Este primero se intitula «Patria, padres, niñez y pureça de nuestra venerable hermana Bernardina de Jesús». En primer lugar destaca un elogio encendido de la ciudad de Baeza, para pasar después a hablar de los padres de Bernardina que habiendo disfrutado al principio de abundancia de bienes, pasados los años llegaron a padecer necesidad. Tuvieron varios hijos. Nació Bernardina Martínez Robles en Baeza, hija de Fernando Martínez y de Elena Robles, el día 25 de diciembre de 1560, y fue bautizada en la parroquia de San Pablo el 5 de enero de 1561 por el licenciado Asensio de Molina. Fue apadrinada por el clérigo Francisco de Moya y por Elvira Martínez.

A los diez años le infundió Dios un particular conocimiento y temor suyo muy grande. Este temor le duró cinco o seis años, en los que continuamente meditaba en el infierno y en el juicio final. No jugaba con sus hermanos ni hacía burla con ellos, y «siempre estaba compuesta i mesurada, mostrando en tierna niñez anciana cordura» (10).

El capítulo segundo lleva por título «Grave tribulación que Bernardina padeció en su niñez» (11). Cuando tenía seis años perdió a su madre y el padre se casó por segunda vez. La madrastra fue «de tan dura i terrible condición que no mandaba cosa a esta tierna niña que no fuese con el palo en la mano» (12). En una ocasión la niña, por cortedad, se negó a ponerse un sayuelo de color y entonces

> «esta impía madrastra; poco digo, esta sierpe, esta tigre usó con ella un rigor que el más cruel tirano no lo exercitara maior con un mártir. Desnudóla i sentándola junto al fuego, tomó unas tenaças de ierro y púsolas entre las brasas; i quando ia estaban bien caldeadas llegó con ellas a la inoçente niña y de la parte que mejor le pareçió le sacó uno i otro bocado de carne, atenaçeándola viva» (13).

Más de una vez se entretuvo en esto este «infernal carniçero» hasta que

(10) Fol. 31r.
(11) Fol. 31v.
(12) Fol. 32r.
(13) Fol. 32v.

fue descubierta por una vecina que le quitó la niña y avisó a su padre. Ocho años estuvo Bernardina con semejantes tormentos hasta que murió la madrastra. Pasados seis meses, el padre se volvió a casar con una mujer apacible «que como si fuera su verdadera madre la amaba de coraçon i procuraba darle gusto, al paso que la otra madrastra la aborrecía» (14). Desde ahora empezó a ejercitarse en obras espirituales, porque siendo ya de catorce años todavía no había comulgado. Comenzó a confesarse con el racionero Chacón, cura de la parroquia de San Vicente y se dejó aconsejar por el licenciado Galarza, cura de la parroquia de San Pablo que fue después su confesor. Aprendió a leer y a escribir y Dios fue su maestro en este arte, como dice ella misma: «Él me hiço leer arreo, arreo (15) mui bien, que me estaba io pereçiendo de risa, de ver cómo él me mostraba y leía en mí sin enseñarme el maestro que me daba liçión. Lo mismo fue en el escrebir, que nadie me enseñó sino Él, anunque no fue también [tan bien] como en el leer» (16).

El capítulo tercero se titula: «Confiésase Bernardina con nuestro Santo padre frai Juan de la Cruz y viste hábito de beata Carmelita descalza» (17). En este tiempo se fundó en Baeza un Colegio de Teología de carmelitas descalzos. Vino como rector san Juan de la Cruz. Bernardina, a pesar de los ruegos de una amiga para que confesase con el santo reformador, dijo que no lo cambiaría por su antiguo confesor; sólo cedería si después de ocho intentos no lograba confesar con éste. Y así sucedió, que ocho veces lo intentó y su confesor no acudió. La octava aguardó desde muy temprano hasta las diez. Su amiga entonces la llevó al Colegio del Carmen y san Juan de la Cruz salió inmediatamente. Desde ese momento lo tomó por su director y con él se confesó los tres años que el santo fue rector en este Colegio (18). Él la instruyó en la oración y le comunicó una luz que resplandecería después para iluminar la oscuridad de la noche de purgación sensitiva y espiritual en que quedaría sumida. Mudó sus vestidos y en adelante usó un saco de sayal pardo comprado por su propio padre quien lo llevó al Colegio de Carmelitas; fue bendito por un descalzo y desde entonces lo llevó puesto.

(14) Fol. 33v.

(15) Adverbio que significa ininterrumpidamente. Es expresión vulgar o «voz baxa» según el *Diccionario de Autoridades*.

(16) Fol. 35rv.

(17) Fol. 35v.

(18) 1579-1582.

Sufrió fuertes tentaciones. La M. Isabel de la Encarnación las referiría posteriormente tomándolas de la *Relación de su vida* que la propia Bernardina le dictó. Le durarían mucho tiempo, pero después llegaron épocas de quietud y de paz.

San Juan abandonó Baeza requerido para otros menesteres, y Bernardina lloró su ausencia: «Sintió de manera la falta de su padre espiritual por lo que a su alma hiço, que (según dijo después) le costó copiosas lágrimas» (19). Más tarde Bernardina fue dirigida por otro carmelita de la misma casa, llamado fray Francisco, natural de Sevilla, del que según ella dijo, ignoraba su nombre de religión.

Muchas noches velaba en oración, y una de ellas, a las ocho, oyó como una voz suavísima «llamándola clara i distintamente Bernardina de Jesús, que antes no consta que tubiese más que el sobrenombre paterno» (20). Varias religiosas de este convento certificaron que oyeron decir repetidamente a Bernardina, refiriéndose a Cristo, que «Él me puso el sobre nombre de Jesús».

Después de este primer rapto, pasados cinco días, experimentó el segundo que refirió ella misma a fray Nicolás de San Cirilo con estas palabras:

> «Estando en oración sentí en mí una luz que me dejó casi muerta i sin sentidos, i en aquella luz vi a Nuestro Señor como un Serafín que me daba sus llagas en pies, manos i costado, aunque la del costado no la sentí sino poco. En la mano derecha particularmente veo el cardenal de la llaga i me lo beso. ¿Es malo hacer esto?» (21).

Fray Nicolás la tranquilizó diciéndole que lo que ella besaba era imagen o figura de la llaga de Cristo. De nuevo quedó con sus estigmas bañada de consuelo, luz y paz interior. La luz la acompañaba a todas partes, hasta el punto de comenzar a inquietarse, y le pidió con sencillez a su confesor: «Padre cúreme, que me parece que tengo la cabeza abierta, de forma que veo el çielo por la mollera» (22). En toda la creación veía la imagen del Creador, y lloraba continuamente de alegría. Como ella insistía en sus gozos y en afirmar que veía el cielo por la mollera algunos la juzgaron por «dementada y otros por endemoniada». Entonces la conjuraron.

(19) Fol. 40r.
(20) Fol. 42v.
(21) Fol. 48v.
(22) Fol. 49r.

> «Venido el sacerdote lo primero que hiço fue atarle los braços estendidos en cruz. Luego le puso la estola i le echó agua bendita y començó a exorçiçarla. Deçíale al oído algunas palabras de nuestro Señor, con que ella se regoçijaba sobre manera; particularmente en oiendo nombrar a la Santíssima Trinidad o a nuestro dulçíssimo Jesús, que salía de juiçio según daba muestras de alegría i no se hartaba de dar graçias a nuestro Señor contentíssima de verse de aquella suerte. Viendo el saçerdote la deboçión, risa, goço espiritual i alabanças dibinas que causaban los exorçismos en la que tenían por espiritada, conoçió que no moraba en ella el demonio, sino el Espíritu Santo» (23).

Sabemos por sus propias declaraciones y por el testimonio de su biógrafo que meditaba mucho en el misterio de la Santísima Trinidad, que se ejercitaba en una dura ascesis y seguía recibiendo aquellas gracias místicas que su alma sencilla había empezado a saborear siendo ella aún muy joven.

De entre los muchos que se conocen, quiero presentar aquí un solo testimonio de su sencillez de espíritu: admirada Bernardina de la sabiduría de su director espiritual, un día en el que éste acababa de tranquilizar su conciencia, Bernardina «llena de admiración y goço, con la sancta sencillez con que siempre hablaba con su Magestad, le dijo sin advertir la significaçión de las palabras: "hideputa, i quánto sabe"» (24). Se fue a la parroquia de San Pablo a comulgar, pero le dio escrúpulo de lo que había dicho; se llegó al prior de dicha iglesia y le contó las palabras que habían salido por su boca como fruto de su cariño y admiración. El prior no pudo contener la risa y la tranquilizó inmediatamente. Bernardina siguió recibiendo muchas pruebas de la fineza del amor de Cristo. Con las descripciones de este trato y de estos favores transcurren los capítulos octavo al décimo.

Llegó el año de 1584 en el que se padeció mucha hambre y para no resultar una carga en casa de su padre que vivía penosamente fue recogida por una viuda caritativa llamada María quien la trató con el cariño de una madre a cambio de la ayuda que la joven prestaba a la señora. En el capítulo 11 fray Nicolás describe cómo Bernardina comenzó a trabajar en el Hospital de Nuestra Señora de la Concepción; y sucedió de esta manera. La viuda y la joven fueron una mañana a oír misa en San Pablo en donde era cura el licenciado Galarza a cuyo cargo estaba dicho hospital; este clérigo había sido anteriormente confesor de Bernardina. Éste le propuso que se

(23) Fol. 51rv.

(24) Fol. 55r.

hiciera cargo del Hospital como regidora de él y le sugirió que fuese con su hermano Fernando Martínez. Al principio ella se negó pero terminó yendo aunque sin convicción. Entonces tenía veinticuatro años. Apenas puso pie en el hospital, el administrador del mismo la invitó a entrar en la sala de enfermos. Las palabras de Bernardina son aquí muy elocuentes:

> «yo no quería, i tomóme del braço i porfió que abía de entrar. Al fin entré i luego se çercaron de mí tantos enfermos chicos i grandes, dándome las graçias porque abía entrado allá i diçiéndome todos a una: "no se vaia, señora beata, no se vaia, señora beata", i no çesaban de deçirme esto. Veo luego al Señor en todos estos pobreçitos, que estaba en ellos i me deçía que no me fuese. En viendo io esto empieça a reírseme el coraçón i darme tanto goço que no cabía en mí» (25).

No le pareció bien este nombramiento al rector del Colegio de Baeza fray Agustín de los Reyes, que era entonces confesor de Bernardina, pero ella aceptó de pleno su nuevo oficio. Allí se quedó cuidando enfermos amorosamente, en compañía de su hermano y de dos hermanastras, rigiendo y gobernándolo todo «i como Retora del Hospital» (26), practicando sus altas dotes de caridad, aliviando enfermos, siempre ayudada por su familia y otras dos beatas. Su abnegado comportamiento cundió hasta el punto de que muchas personas principales iban al hospital solamente para verla. Siempre ponía mucha atención a los doctores y a los cirujanos a los que ayudaba en sus visitas a los enfermos. Amortajaba a los difuntos y antes de que muriesen corría a llamar al cura para que los asistiese en los últimos momentos. Su ejemplo fue enorme en toda Baeza y realizó hechos portentosos en el hospital.

Por aquel tiempo destacó también una beata llamada Teresa de Ibros que vivía en ese pueblecito, conocida en toda la comarca por su sencillez y caridad; ambas se conocieron y trataron y siempre se las encontraban las gentes hablando de cosas celestiales. En esas conversaciones ni probaban bocado ni daban reposo a sus cuerpos, y a veces «quedaban ambas arrobadas, perdidos de todo punto los sentidos» (27). Los fenómenos místicos que experimentó Bernardina fueron examinados por un religioso de la Compañía quien los juzgó todos verdaderos y procedentes de los dones de Dios,

(25) Fol. 66rv.
(26) Fol. 67v.
(27) Fol. 83r.

con lo que a la joven se le quitaron los temores de que pudiera haber en ellos intervención diabólica.

En el capítulo decimoquinto que abarca los folios 86v al 90r, narra fray Nicolás de San José el falso testimonio que levantó cierta beata contra Bernardina diciendo que había quedado embarazada por su trato íntimo con un enfermero del hospital. Esta beata «començó a presumir siniestramente de los dos [...] viendo a Bernardina mui gruesa i embarneçida (28) después que abía entrado en el hospital abiendo ido mui delgada quando Dios la llebó a tener cuidado de los pobres; se persuadió que no podía proçeder de otra cosa sino de estar embaraçada» (29). La beata se lo dijo al padre de Bernardina; éste y su hija quedaron afligidísimos con la noticia, sobre todo la joven que se sentía inocente. Tranquilizó al padre y le advirtió que el tiempo diría la verdad. La calumnia llegó a oídos del doctor Pedro de Ojeda quien junto con otros doctores comprobaron la verdad de la inocencia de Bernardina y la malicia de la otra beata, quien viéndose descubierta pidió perdón público de su infamia.

Poco después murió su hermano Fernando y dejó a Bernardina cien ducados que guardaba en un arca, pero ella se los regaló a su padre porque no quería tener cosa alguna propia. Abandonó el hospital después de doce años que estuvo rigiéndolo y, deseosa de mayor retiro, se volvió a casa de su padre y allí encerrada durante un año comenzó a vivir vida de soledad y silencio; entonces se afianzó en ella la idea de ingresar en un convento. Fue dirigida espiritualmente por el rector del Colegio de Baeza, que era entonces fray Martín de San José, quien le anunció que pronto se iniciaría en esa ciudad una nueva fundación de Carmelitas descalzas. Entonces ella comenzó a juntar algún dinero y ajuar; visitó al provincial de Andalucía, fray Bernardo de la Concepción, quien mientras llegaba la nueva comunidad recomendó a la joven que volviese al hospital, porque toda Baeza la necesitaba.

Así lo hizo Bernardina y «allí perseberó la segunda vez más de medio año, sirviendo a los pobres con la puntualidad y desvelo que solía» (30). Enterada de que las religiosas que venían a fundar a Baeza se encontraban ya en Úbeda esperando a que se ultimasen los detalles para entrar en el nue-

(28) *Embarneçido,* participio del verbo embarnecer. «Corpulento y que ha tomado carnes» *(Diccionario de Autoridades).*

(29) Fol. 87r.

(30) Fol. 94r.

vo convento, Bernardina se fue allá y habló con la madre Isabel de la Encarnación que venía con el nombramiento de priora (luego iría esta religiosa a fundar a Jaén en 1615). Esta religiosa la alentó mucho. Enterados en el hospital de este propósito, el mayordomo intentó impedirlo por la gran necesidad que tenían de la presencia de Bernardina entre aquellos enfermos e impedidos. Pero el provincial fray Bernardo de la Concepción y el rector fray Martín de San José intervinieron y fue aceptada, siendo la segunda religiosa de velo blanco en Baeza (la primera hermana de velo blanco fue María de la Asunción, que la priora Isabel de la Encarnación había llevado consigo de Sevilla). Bernardina tenía en ese momento treinta y nueve años y cuatro meses y medio de edad, después de haber servido en el hospital desde 1586 hasta 1600, menos el año que pasó retirada en casa de su padre.

Desde el capítulo decimoctavo, iniciado en el folio 96v, hasta el cuadragésimo, que es el último del libro, se extiende la vida de Bernardina en el monasterio de la Encarnación de Baeza, como hermana Bernardina de Jesús; allí continuó a partir de ese momento, con ánimo redoblado, su vida de renuncias, de humildad, de sencillez, de obediencia y de caridad. Hizo confesión general con el provincial fray Gabriel de Cristo, que había sustituido a Bernardo de la Concepción. Recibió el hábito el día de la Ascensión del año 1600. Después llegaron días grises. Sintió deseos de dejar el convento; estaba sumida en un mar de confusión y tinieblas; le pidió a la priora que le devolviera su manto para volverse al mundo. La prudencia de la priora la retuvo y, superado ese momento, profesó el 13 de mayo de 1601 como religiosa de velo blanco a los cuarenta años y cuatro meses de su edad. En los veintiséis años que vivió en el claustro fue un ejemplo viviente de virtudes practicadas todas con suma perfección, como lo había hecho también en el hospital. Puso todo su empeño en la guarda de sus tres votos y fue esmerada y extremada sobre todo en la pobreza.

Poco antes de morir necesitó un ladrillo para emparejar la tarima sobre la que dormía. Cinco veces pidió licencia a su priora para coger un ladrillo de un rincón en el que estaban apilados; hasta que la priora le dijo sonriendo: «Bernardina, no me diga nada más del ladrillo, que ia lo sé i lo tiene con mi bendición. I ella con grandes júbilos la abraçó como si le ubiera dado alguna cosa de grande estima» (31). Observante en todas las reglas, fue además una trabajadora incansable.

(31) Fol. 111v.

Pero nos interesa aquí destacar un hecho singular, y es que gozó del don de entendimiento por el que su espíritu se vio invadido de una luz que ilustró su mente y le dio a conocer secretos que exceden la razón natural. Este don causa un excelente e íntimo conocimiento de los misterios que pertenecen a la fe y se ordenan a ella. Cuando sentía esos alumbramientos no le cabía el gozo en el alma ni en el cuerpo.

> «Tubo también delgadas (32) inteligencias infusas de altísimos misterios de nuestra santa fe, en particular del incomprehensible e inefable de la Santíssima Trinidad de que fue devotíssima; en cuio inmenso oçéano de gloria i perfeçiones se anegaba i así andaba de ordinario regalando su alma con la consideraçión i memoria deste soberano misterio» (33).

Y además, como la fe es el fundamento de la esperanza, al mismo tiempo que creía también esperaba viva y confiadamente todo lo que la fe prometía.

¿Qué hemos de decir de su amor a Dios? En el capítulo vigésimo cuarto, que abarca los folios 123v a 130v, fray Nicolás de San José hablará de *los siete grados de divino amor* con los que Bernardina amaba al Señor. De éstos comenzará mencionando cinco, porque ella misma afirma que tenía repartido su amor en cinco clases o cinco grados que nuestro Señor le había comunicado: el primero es el *amor aficionado*. El segundo, el *amor apasionado*. El tercero, el *amor fuerte*. El cuarto es el *amor regalado*, y el quinto, *amor gracioso inflamado*. Bernardina misma le puso estos nombres y rogó a fray Nicolás de San José, que sería después el autor de su biografía, que los glosara en verso:

> «i escribióme mandándome le hiçiese una poesía con que pidiese a nuestro Señor estos çinco grados de amor. Detúbeme algún tiempo en ponerlo en execuçión porque sólo nos comunicábamos por cartas tres veçes al año [...]. Me haçía caridad de allanarse conmigo, i una de las cosas que me comunicó fue esta diferençia de çinco grados de amor» (34).

Fray Nicolás estaba remiso en hacer estas coplas, pero un domingo de Adviento pensó en lo que agradaría a Bernardina si se las escribía. Las terminó por fin y se les envió al convento para que las cantasen por la fiesta de la Pascua de Navidad. Son ocho quintillas escritas con el ingenio y la gracia que podemos ver a continuación.

---

(32) Delicadas.

(33) Fol. 119v.

(34) Fol. 124v.

Pues no cabe la deidad
en ti, corto entendimiento,
despláiate voluntad
ama sin tasa i sin tiento
a la infinitad Bondad.

O Señor de los señores
más puro que las estrellas,
más hermoso que las flores,
dadme estas cinco centellas
de vuestros castos amores.

El *amor aficionado*
para amaros con afecto
quisiera, Esposo sagrado,
porque esté en amor perfecto
mi corazón abrasado.

El *apasionado amor*
para amar i padeçer
os pido, eterno amador,
que el perfecto bien querer
se alegra con el dolor.

También *fuerte amor* me dad
que el alma padeçer quiere
en tiempo, i eternidad
quanto para gloria fuere
de vuestra suma equidad.

Juntamente, mi querido,
para el padeçer gustoso,
regalado amor os pido
que este amor tierno i sabroso
es entre esposos deuido.

Última mente, mi amado,
dad a vuestra Bernardina
amor graçioso inflamado,
para que ame con agrado
a vuestra bondad divina.

Cuando estos dones reçibe
mi alma abrasarse quiere
de amor, i con él conçibe;
como Salamandria vive,
como Mariposa muere (35).

Recibió Bernardina estas ocho quintillas a tiempo, y no cabía en sí de gozo en aquellas pascuas porque iban muy conformes con su espíritu y las aprendió de memoria. Todo esto fue «casi dos años antes de su dichoso tránsito» (36). En mayo de 1625 fue elegido provincial de Andalucía fray Luis de San Jerónimo y cuando visitó Baeza la hermana Bernardina le cantó la poesía y fue tan del agrado de fray Luis que le pidió el papel y se quedó con él «para cantar las coplas a sus solas por los caminos» (37).

Los cinco grados de amor antedichos los poseyó nuestra venerable. Y como el Señor sabe dar más de lo que le piden, le concedió dos grados más a su dilecta hija: el *amor filial,* y el *amor materno.* El uno dándole tierno afecto de hija para con Cristo, y «el otro haçiéndola el mismo Señor su madre espiritual i mandándole que le dijese *hijo*» (38). Y así le llamó Bernar-

(35) Fol. 125rv.
(36) Fol. 125v. Esto fue en la Navidad de 1624.
(37) Fol. 126r.
(38) Fol. 126r.

dina en muchas ocasiones: «Jesús mío, hijo de mis entrañas».

Se sintió inundada con los dones, frutos y gracias del Espíritu Santo hasta el punto de que en una ocasión, estando en oración elevada, dijo a gritos: «ensanchad, amado mío, este coraçón, si tanto le habéis de dar, porque a mí no me cabe en el pecho» (39). Cargada de merecimientos del cielo, ya no podía soportar el peso de su misma riqueza. Su conversación con Jesucrito fue ininterrumpida y mereció recibir múltiples gracias, como visiones, revelaciones y don de profecía en muchas ocasiones, así como la gracia de discreción de espíritus. También una reconocida capacidad taumatúrgica. Entre varios milagros citados, recojo el caso de Francisco Velázquez, natural de Baeza, hijo de Cristóbal Velázquez y Antonia Moreno, que siendo muy niño se quebró (40) de una fuerza que hizo llorando y no pudo sanar a pesar de muchas curas y de fuertes «ligaduras de lienço para detener las tripas» (41). Hubieron de ponerle una tapadera de hierro que llevó penosamente hasta la edad de diez años. La madre, sin saber qué hacer, se dirigió a Bernardina, quien le dio «çierto emplastillo que le pusiese, que la dicha Antonia Moreno afirma que le pareçía pan mascado de su boca. Aplicóle a la rotura del niño y apretóle fuertemente la ligadura» (42). El niño se la quitó al día siguiente y la abertura había desaparecido. Este niño, cuando creció, se hizo carmelita descalzo con el nombre de Francisco de San José y murió en el convento de Granada. También por intercesión de Bernardina, Dios envió mercedes a la priora y a las religiosas de la comunidad de Baeza.

En el capítulo trigésimo cuarto el autor trata el doloroso tema de la pérdida de la hacienda de este convento:

> «Ciertos seglares interesados pusieron pleito a nuestras madres sobre la maior parte de la haçienda que tenía el convento de Baeça. Llegó a punto que la embargaron toda, quedando las religiosas con la pobreça que imaginarse puede. Añadióse a esto que al maiordomo del monasterio se le quebró una pierna en esta ocasión, i no abía persona que lo quisiera ser por

(39) Fol. 144r.

(40) *Quebrarse* se usaba con el significado de herniarse. En el *Diccionario de Autoridades* aparece como «relaxarse, caérsele a alguno las tripas. Lat. *Hernia laborare*», y añade la siguiente cita: «Y queriendo alzar un costal de trigo, con la demasiada fuerza que puso se quebró, de manera que luego se le cayeron las tripas abaxo».

(41) Fol. 156r.

(42) Fol. 156r.

no meterse en ruidos, ni quien procurase algún remedio para aquella casa. Con que las pobres religiosas no tenían después de Dios a quien bolver los ojos. Viéndose por todas partes afligida la madre Isabel María de la Visitación, que entonces era priora, valióse del refugio de su buena hermana Bernardina» (43).

Puesta ésta en oración, el Señor se le representó en un lado lleno de llagas y pobreza, y en soledad abandonado; en otro lado le mostró un montón de riquezas, y le dio a elegir. Bernardina, en su nombre propio y en el de su comunidad, se quedó con Cristo empobrecido y doloroso. Y así sucedió. Por sentencia posterior las religiosas perdieron para siempre gran parte de la hacienda que tenían, aunque siguieron conservando el espléndido edificio del convento al que agregaron más tarde (1694-1699) la iglesia que hoy podemos admirar en toda su solidez, construida en una calleja que les cedió el ayuntamiento, exactamente igual a como había sucedido años antes en el convento de Úbeda. Deseo puntualizar, al margen del texto del manuscrito, que dentro de esta pobreza, a las religiosas del monasterio de la *Encarnación* nunca les han faltado recursos. Hoy día realizan por encargo espléndidas labores de bordados y otras bellas manualidades de esta índole.

Era tal la familiaridad de Bernardina con Jesucristo y la asistencia que recibía de él, que solía hablar en plural de ella misma, de modo que cuando, por ejemplo, le preguntaban qué hacía, respondía: «aquí estamos io y Él» (44). Y como le reprochasen el que se nombrase primero a ella, respondía: «hágolo por quedarme con Él en la boca». Algo parecido le contestó a la priora Isabel de la Encarnación que, oyéndola decir algunas veces «io i Él fuimos cocineros, o fuimos a labar», la reprendió por la descortesía que representaba el anteponer su nombre al de Jesús; «a lo qual respondió con grande risa: "no, madre mía, que me es mui dulçe quedarme con Él en la boca i no conmigo"» (45).

Bernardina había llegado a las últimas moradas del castillo interior. Su modo era ya la oración de unión, porque el que se llega y arrima a Dios se hace un espíritu con él; así que ella le rogó que le sacase el alma de la cárcel del cuerpo. En las *Relaciones* de su vida se leía lo siguiente:

(43) Fol. 179rv.

(44) Fol. 190v.

(45) Fol. 191r.

> «Día de la Asunción de nuestra Señora, me creçieron los deseos de ver a Dios i quebraron en muchas lágrimas, i en quejarme a nuestro Señor diçiéndole: "¿Él no sabe que io no puedo tener reposo ni vivir sin verle? Pues ¿por qué no me lleba consigo?"».

«Como la vela quando se quiere acabar da maiores llamaradas», así se fue terminando la vida de la baezana Bernardina; porque fue una forma exultante su manera de vivir en el último año que pasó sobre la tierra. Pero su priora le había impuesto la obediencia de que no muriera sin su permiso; y ese consentimiento no llegaba. «Como la vela quando se quiere acabar...» porque si ardiente fue su amor durante toda la vida, el momento final se resumió en ascua viva: «Mirad, Señor, que [h]a sesenta años (46) que por mi buena suerte os conoçí i ia no puedo vivir sin goçaros» (47).

Falleció aquella priora que le había ordenado no morir sin su consentimiento. Le sucedió la M. María de Cristo, quien le impuso un mandato parecido: le prohibía que pidiese a Dios que se la llevase. A punto de partir el P. General al convento de los Mártires de Granada, se pasó por éste de la Encarnación de Baeza para despedirse, e Isabel María de San Alberto, deseando que el religioso confirmase el mandato impuesto por la priora, se lo rogó encarecidamente; pero el General levantó a la hermana la prohibición, con que le dio «liçençia para suplicar a nuestro Señor que se la llebase consigo a su gloria» (48). Este religioso siguió hablando con Bernardina de una nueva fundación de monjas que se proyectaba en Andalucía, y ella expresó su deseo de ir allí con gusto, a lo que el General replicó: «a la sepultura irá ia a fundar, hermana Bernardina; poco le queda. Con estas alegres nuebas para ella no cabía en sí de goço pareçiéndole que se abía de cumplir lo que nuestro padre deçía». Esto era el lunes 5 de octubre por la tarde. Cinco días después, el sábado 10, estando en la cocina entre las ollas y sartenes «se le hiço una postema en el estómago de que le proçedía un agudo dolor» (49). Así pasó toda la mañana en la cocina en compañía de la M. Isabel María de San Alberto.

Llegamos al capítulo cuadragésimo, el último del libro, con el dichoso tránsito de Bernardina. El domingo 11 por la mañana llamaron al médico,

(46) Ella tenía entonces 66, pero se refiere a los años de uso de razón.

(47) Fol. 202r.

(48) Fol. 204r.

(49) Fol. 205r.

pero ya nada se podía hacer. Recibió los santos Sacramentos. Por la noche seguía el tormento de sus dolores y agudos vómitos. Pasado cierto tiempo declaró que Dios la había dejado en una *soledad quieta*. Al llegar la medianoche la priora María de Cristo envió un recado a fray Gabriel de Cristo, rector del Colegio, para que enviase a dos religiosos que encomendaran el alma de Bernardina, y al amanecer del lunes 12 de octubre de 1626 murió en la octava de Santa Teresa «quando todavía se çelebraua la fiesta de la Santa a çinco de otubre, siendo nuestra venerable hermana de edad de sesenta i seis años i nueve meses i medio. I en la observançia i penitençia de nuestra sagra[da] Religión, veinte i siete años i çinco meses» (50).

Mucho antes de su muerte, hablando con ella Isabel María de la Visitación, le dijo por gracia, refiriéndose a su corpulencia: «Ai, hermana Bernardina, i si es santa ¡qué de pedaços abemos de cortar de su carne antes de enterrarla! —No aia miedo, madre (respondió nuestra hermana), que io le rogaré a Dios que güela tan mal mi cuerpo que no vean la hora de enterrarme» (51). No le cortaron nada de su cuerpo después de muerta, pero sí se llevaron lo que pudieron del hábito y las sandalias. El que la sepultó, un hombre de grandes fuerzas y ánimo, llevaba oculta una navaja para cortarle una mano y quedarse con ella en prueba de veneración; pero le infundió tal respeto que se conformó con la manga del hábito.

Al día siguiente le hicieron honras solemnes en las que predicó fray Gabriel de Cristo, que entonces era rector y sería después provincial de Andalucía; también se envió noticia al General de la Orden de cómo habían resultado ciertas sus palabras.

Así termina fray Nicolás de San José, en el folio 212 de su libro, la historia de esta venerable Bernardina de Jesús con la que tuvo correspondencia en vida. En el folio 213, último de la obra, aparece un *Apóstrofe del autor a su santa madre Bernardina de Jesús* en el que se confiesa digno de reprensión por haberse atrevido a tratar de tantas grandezas con su pobre ingenio, su rudo estilo y su mal cortada pluma.

Son cosas que él dice, pero nada ciertas. Amor filial fue quien le dio toda la fuerza; y por haber nacido de amor, él está seguro de conseguir el perdón por tanto atrevimiento. Porque todas las palabras escritas en este libro han brotado del manantial de los afectos, de la fuente de la verdad

(50) Fol. 208r.

(51) Fol. 209r.

y del vivo deseo de que todos los humanos conozcan la grandeza de virtudes, de espíritu y de vida que excedieron desde lejanos años el contorno físico de Bernardina, aquella humilde religiosa que ya en la lejanía de su infancia conoció la crueldad humana y sintió su carne quemada y atenazada. Después siguió sufriendo, ya como consecuencia de un acto heroico y supremo de su libre voluntad. Son bienaventurados los que padecen persecución y los que lloran y los mansos y los humildes de corazón y los misericordiosos. Al final del áspero camino habrá un reino para ellos.

Los intentos de los iconoclastas no podrán desmoronar la imagen de Bernardina de Jesús; ni, una vez conocida, el tiempo será capaz de apartarla de la memoria de los hombres. A pesar de vivir atenazados por la prisa, hemos tenido la oportunidad de conocer sus acciones heroicas y de oír su voz que nos llega desde casi cuatro siglos de silencio; y nos hemos visto obligados a detener el paso para meditar en el hecho sobrenatural que puso su sello en Bernardina como en tantas otras religiosas del Carmelo.

Fray Nicolás de San José, como escritor del XVII, se expresó con elementos barrocos —era la moda de aquella época— y esos recursos los usó él para realzar precisamente la figura de la humilde hermana. Pero hemos de admitir que tales elementos, aun pretendiendo ensalzar la grandeza de una vida, en algunas ocasiones pueden entorpecer, con su complicada expresión gráfica, la pura y simple recepción de las ideas; y que por otra parte las palabras humanas nunca llegarán a definir exactamente las altas operaciones del espíritu. Y esas palabras, dichas o escritas con la mejor intención, a pesar de la belleza de su contenido, por humanas son tan limitadas que en la mayoría de los casos no podrán darnos más que una imagen apagada y pobre de toda aquella luminosidad y grandeza que intentaron representar.

No nos quepa la menor duda de que habrá siempre algo en la vida de Bernardina —como en otras tantas hagiografías— que nadie podrá comprender, porque nadie acertará a definirlo por muchos intentos que se hagan, por mucho tiempo que transcurra y por muchas modas que se implanten. Y ese algo, que es mucho, se está desenvolviendo permanentemente en el ideario puro de la mística que sigue viva e incombustible aun por encima de todas las hogueras que puedan encenderse para intentar quemar en ellas lo que se considera ya caduco. Y aunque unos no puedan y otros no quieran entenderlo, ese ideario seguirá viviendo, con una presencia gloriosa, en los espíritus de los elegidos.